

Documento de trabajo 18/2018
2 de octubre de 2018



¿Es América Latina parte de Occidente?

Emilio Lamo de Espinosa



¿Es América Latina parte de Occidente?

Emilio Lamo de Espinosa | Catedrático Emérito de Sociología, UCM
@PresidenteRIE 

Índice

(1) El porqué de la pregunta	3
(2) Qué son las civilizaciones.....	5
(3) El problema de España	6
(4) Un contraste intelectual: Samuel Huntington y Arnold Toynbee.....	8
(5) La visión norteamericana: Turner y la frontera.....	12
(6) ¿Qué es América Latina?	14
(7) América Latina unida, pero separada	15
(8) ¿Y hoy? De cómo América Latina debe asumir su responsabilidad histórica en el marco de la civilización occidental	19

(1) El porqué de la pregunta¹

A lo largo de los últimos años, y desde extremos opuestos del espectro político, se han avanzado tesis paradójicamente coincidentes señalando que América Latina pertenece a un universo cultural o civilizacional propio y distinto de lo que llamamos “Occidente”. Efectivamente, tanto desde el fondo nativo e indígena latinoamericano como desde el fondo del *Midwest* anglo-norteamericano se ha avanzado la misma idea sin que unos u otros se dieran cuenta de la sorprendente coincidencia.

Ciertamente, es la opinión de parte del nuevo indigenismo latinoamericano, que rechaza todo lo occidental en nombre de la preservación de esencias e identidades nativas que habrían sido destruidas por la colonización primero y las repúblicas criollas después.² El Movimiento al Socialismo (MAS) de Evo Morales en Bolivia, la Confederación de Nacionalidades Indígenas en Ecuador y el Movimiento Etnocacerista de Perú, más allá de denunciar la discriminación étnica de las “naciones originarias” (cuestión no exenta, por supuesto, de fundamento) han avanzado desde la afirmación de lo propio al rechazo de lo ajeno. Y así, por citar un ejemplo, en el programa político del MAS se afirma textualmente:

“Se han cumplido 500 años de la presencia europea y 176 de vida republicana. Durante estos 500 años hemos estado dominados por la cosmología de la cultura occidental... Los conceptos de globalización y economía de mercado se enmarcan en la cosmología occidental, como el viejo concepto de progreso que se desprendía del paradigma científico de la modernidad... El denominado siglo de las luces de occidente ha caducado y ya no es ninguna opción para la humanidad... Nuestras raíces culturales, las culturas andina y amazónica han triunfado sobre los fundamentos de la cultura occidental.”

“El 12 de octubre (de 1492) fue una desgracia”, afirma rotundamente Evo Morales.

Pero hete aquí que, cuando el presidente Trump se empecina en construir un muro en la frontera con México para impedir la entrada de emigrantes latinos, cuando persevera (por cierto con poco éxito) en expulsar a los que ya habitan en EEUU, cuando insulta a unos y otros llamándolos *bad hombres* o acusándolos de violadores o asesinos, todo ello con el objetivo de “Hacer América grande de nuevo”, practica un tipo de rechazo y estigmatización simétrica, no exenta de racismo pero que, como veremos, tiene detrás una importante tradición intelectual. Y así, si el monumento a Colon de Caracas fue destruido en el 2004 por chavistas furibundos, otro tanto ocurrió en el verano de 2017 con el monumento a Colon situado en la ciudad de Baltimore, en este caso ultrajado por ciudadanos “políticamente correctos” en nombre del “discurso contra el odio”.

¹ En 2007 pronuncié una conferencia en Washington sobre *La frontera entre el mundo anglosajón y el hispano. ¿Es América Latina Occidente?*, que luego fue publicada por Eduardo Garrigues y Antonio López Vega (eds.) en *España y Estados Unidos en la era de las independencias* (Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, pp. 357-366). Esta es una versión actualizada, ampliada y revisada de esa conferencia.

² Luis Esteban González Manrique (2005), “El ‘etnonacionalismo’: las nuevas tensiones interétnicas en América Latina?”, ARI nº 59/2005, Real Instituto Elcano, 11/V/2005.

De modo que, bien porque América Latina ni es ni ha sido nunca parte de Occidente, al que se rechaza, bien porque no ha llegado aún a serlo o es algo propio y distinto, América Latina y, por ende, lo “hispanico” (o “ibérico”) no forma parte de la “cultura” o de la “civilización” de Occidente.

No se trata de opiniones tan exóticas como pueda parecer a primera vista pues forman parte de un elenco de representaciones colectivas (como las hubiera denominado Émile Durkheim) bien asentado y aceptado en el universo intelectual occidental. El mejor y más actual modo de indagar en esas representaciones colectivas, frecuentemente más implícitas que explícitas, es acudir al más vasto depósito de la memoria colectiva de la humanidad: el conjunto de páginas web accesibles a través de cualquier buscador.

Y así, si usamos Google para buscar entradas referentes a la etiqueta de “civilización hispanica” encontraremos cientos de entradas que, frecuentemente, remiten a cursos impartidos en las principales universidades de EEUU con etiquetas como “cultura y civilización española”. Allí podremos descubrir que, al parecer, existe una “civilización” española o hispanica caracterizada por arquetipos humanos universalmente conocidos (como Don Quijote, Don Juan o Carmen, la cigarrera), corridas de toros, fiestas populares españolas (como la Semana Santa, San Fermín o Moros y Cristianos), música flamenca y guitarras, artesanía, peculiares costumbres políticas como “guerrilleros” o “pronunciamiento”, o peculiaridades de tipo económico tales como “vuelva usted mañana” o “autarquía”, o lo que los británicos llaman las “prácticas españolas”, como la siesta. No estoy inventando estereotipos, sólo leo el programa de un típico curso 101 “civilización y cultura españolas” de una universidad norteamericana cualquiera.

De manera similar, si buscamos la etiqueta “civilización latinoamericana” encontraremos otros cientos de entradas destacando las peculiaridades de la cultura latinoamericana como algo diferente de Occidente, comenzando con la época precolombina y a través de los movimientos por la independencia hasta nuestros días. Por supuesto, hay libros sobre la “civilización” de América Latina, tales como la bien conocida *History of Latin American Civilization*, editada por Lewis Hanke,³ o *Keen's Latin American Civilization: History & Society, 1492 to the Present*,⁴ un libro clásico editado por primera vez en 1955 y reeditado muchas veces, y seguramente uno de los más (si no el más) ampliamente utilizado. Y cito estos dos, entre muchos otros que podría traer a colación, porque Keen y Hanke tuvieron un famoso debate sobre la naturaleza de América Latina, aunque ninguno rechazó (ni siquiera discutió) lo acertado de la etiqueta “civilización” para aludir a esa región.

Sin embargo, si buscamos entradas para el concepto “civilización americana”, encontraremos referencias a la cultura inca, maya o azteca, es decir, a las culturas precolombinas, pero no a la actual civilización de ese continente.

En resumen, lo que la web nos indica es que hay una “civilización hispanica” y una similar “civilización latinoamericana”, pero no hay (aunque sí había) una “civilización americana”. Sin duda porque esta, es decir, la “civilización” actual de América (es decir,

³ Methuen, Londres, 1969.

⁴ Benjamin Keen, Robert Buffington y Lila Caimari (eds.), Westview Press, 2004.

de EEUU, la cultura norteamericana), es simplemente cultura occidental y no admite singularidad. Dicho de otro modo, al parecer en el Norte del hemisferio se vive en el marco occidental de modo que carece de sentido hablar de una “civilización (norte) americana”, pero al sur del Río Grande la cosa cambia y pasamos al espacio de una propia “civilización latinoamericana” evidentemente vinculada a otra “hispanica”.

¿Por qué esta falta de simetría? ¿Tiene sentido? Es justamente lo que pretendo discutir en estas páginas y más en concreto lo siguiente: ¿podemos hablar de una civilización peculiar hispana como diferente de la civilización occidental? ¿Es España parte de Europa, parte de Occidente? Y, de manera similar, ¿es América Latina parte de Occidente? Dicho de otro modo, ¿quiénes son “nosotros” cuando hablamos de la civilización occidental? Preguntas todas ellas muy interrelacionadas.

(2) Qué son las civilizaciones

Arjomand y Tiryakian en *Rethinking Civilizational Analysis*⁵ han identificado tres oleadas de interés sociológico por las civilizaciones. La primera es la de los Weber (Max y Alfred) y la de Durkheim y su sobrino Mauss. A destacar el trabajo de Durkheim y Mauss de 1913, *Notas sobre la noción de civilización*, en el que articulan la idea de que ciertos fenómenos sociales tienen un “coeficiente de expansión e internacionalización” que da lugar a civilizaciones y “complejos civilizacionales”,⁶ una idea próxima a la de Weber y sus fenómenos “histórico-universales”. La segunda generación sería la de Sorokin, Norbert Elias y Benjamin Nelson, aparte de ciertos trabajos del joven Merton. La tercera y última estaría representada por Eisenstadt, Huntington y el propio Tiryakian.

A lo largo de esta evolución encontramos una sutil línea argumental, ya adelantada: el triunfo de las culturas, en plural, sobre la civilización, en singular. En la primera generación parece claro que hay una sola civilización (occidental, por supuesto) pero muchas culturas. Pero en la tercera la civilización es ya, como escribe Huntington, *culture writ large*. La “civilización” pasa a ser entendida simplemente como “familia cultural”, desprovista pues de su sentido normativo. Ya no tenemos muchas culturas pero sólo una civilización, pues esta desaparece detrás del concepto de cultura. Es el triunfo de la visión historicista de la diversidad, el triunfo del multiculturalismo sobre la asimilación. Tal es el significado del término en los conocidos libros del finado politólogo de Harvard, Samuel Huntington: *culture writ large*. La civilización, dice Huntington, “es el agrupamiento cultural humano más elevado y el grado más amplio de identidad cultural que tienen las personas, si dejamos aparte lo que distingue a los seres humanos de otras especies”.⁷

⁵ Sage Publications, Londres, 2004.

⁶ Véase Durkheim y Mauss (1971), “A Note on the Notion of Civilization”, *Social Research*, vol. 38, nº 4, p. 812.

⁷ S. Huntington (1997), *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, p. 48.

(cont.)

Como no quiero adentrarme ahora con los distintos matices y debates sobre el significado de estas dos complejas palabras, “cultura” y “civilización”,⁸ utilizaré la primera en su sentido antropológico habitual, el que le dio Edward B. Taylor en su clásico *Primitive Culture* (1871), es decir, como “ese complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualquier otra capacidad y hábito adquirido por el hombre como miembro de una sociedad”. Y consideraré la segunda, la “civilización” como el agrupamiento de las diversas culturas en grandes familias, una operacionalización del concepto que es hoy más útil que la que le dio Alfred Weber, ya que normalmente disponemos de al menos dos marcadores o identificadores claros de las “familias culturales” (o “civilizaciones” en el sentido de Huntington): por un lado las grandes religiones, que siempre incluyen una visión del mundo (una *Weltanschauung*) y, por tanto, una ontología particular; y por otro, familias lingüísticas vinculadas normalmente a un determinado tipo de escritura. Religión y escritura se erigen así en los principales demarcadores y marcadores de las civilizaciones.

Dicho esto, la conclusión inicial es que algunos, singularmente americanos, del Norte sobre todo, pero algunos también del Sur, argumentan que España y/o América Latina son una “familia cultural” diferente de la occidental y, por lo tanto, de la de América del Norte. Y de ahí la pregunta: ¿es América Latina otra civilización? ¿Pertenece a otra familia cultural distinta de la familia occidental?

(3) El problema de España

Pero permítanme comenzar diciendo unas palabras sobre España antes de regresar de nuevo a América Latina pues, evidentemente, lo que estamos discutiendo es la naturaleza de la “hispanidad” o de la “latinidad”, algo que afecta a ambos lados del Atlántico.

Y efectivamente, la pregunta sobre la naturaleza de la civilización norteamericana está muy ligada a la cuestión de la identidad europea de España, un debate muy antiguo que tiene al menos dos versiones. Por una parte, la visión ilustrada y dieciochesca de España como un país que no ha contribuido en absoluto a la civilización occidental, siendo más bien una rémora anclada en un pasado pre-moderno y pre-racionalista. Una idea que, paradójicamente, será más tarde reforzada por la otra gran visión de España, la visión romántica y decimonónica, pues para Dumas o Gautier, como para Bizet y muchos otros (como Washington Irving y hasta el mismo Hemingway), Europa empieza en los Pirineos, *Spain is different*, y es un país oriental o al menos “orientalizante” más que occidental.

Lo relevante es que estas dos grandes visiones o imágenes de España, la ilustrada y la romántica, y por razones más bien contradictorias, están de acuerdo en que España no es Europa y no es Occidente, o al menos no lo es del todo. Ya sea porque es mucho menos pues todavía no habría llegado a ser un país moderno y “civilizado”, en la visión romántica. O porque es mucho más, es, por decirlo así, la “reserva espiritual de Occidente” como, por ejemplo, le gustaba decir al general Franco.

⁸ Lo hice hace años en mi trabajo “La globalización cultural ¿Crisol, ensalada o gazpacho civilizatorio?”, en *Lo que hacen los sociólogos. Libro homenaje a Carlos Moya*, CIS, Madrid, 2007, pp. 543-575.

Por supuesto, el problema es que esta singular percepción de España como una “excepción” europea también fue aceptada por nosotros, por los españoles. Y no sólo por la gente “normal”, sino también por historiadores, pensadores y filósofos, incluidos Unamuno y Ortega y Gasset. El historiador Vicens Vives lo expresó claramente cuando habló de la “incapacidad de España para seguir el curso de la civilización occidental en sus aspectos económicos, políticos y culturales (capitalismo, liberalismo, nacionalismo)”.⁹ España como una sociedad desviada en Europa. Excepcionalismo.

Voy a recordar ahora una atinada observación de Xavier Zubiri, cuando señalaba que “no es cierto que los griegos sean nuestros clásicos; es que, en cierto modo, los griegos somos nosotros”.¹⁰ Aludía con ello a que la cultura griega vive en nosotros y no es algo pasado sino actual; en cierto modo, somos griegos. Creo que es una idea muy inteligente. Y si vale para los griegos, ¿qué decir de los romanos? Sabemos que Roma desapareció, y sin duda esto es lo sucedido en términos políticos. Pero recordemos algunos datos simples. Nosotros, los españoles, hablamos latín, latín vulgar; nuestro derecho sigue siendo, en esencia, el derecho romano; nuestra religión es la religión oficial del Imperio Romano; nuestras familias siguen las costumbres romanas; nuestra agricultura es romana y cuando yo era joven el arado romano todavía se usaba por los agricultores españoles; y nuestra arquitectura y nuestro urbanismo son romanos. El territorio de España no fue una colonia romana sino parte de la propia Roma, a la que dio varios emperadores. Nuestro nombre es un nombre de romano, Hispania. En resumen, como dice Zubiri, Roma, los latinos, no son nuestros clásicos pues, en más de un sentido, somos romanos y latinos, por lo que la cultura española se puede entender como una versión actualizada, moderna (o, si se prefiere, tardía) de la cultura grecolatina. España (como Portugal o Italia) es como si Roma estuviera todavía viva en el siglo XXI.

Por supuesto, ahora nos gusta jugar con la idea romántica, adelantada por Américo Castro en su magna obra *La realidad histórica de España* (México, 1954) de las tres culturas españolas: cristiana, musulmana y judía. Es una idea post-moderna y multicultural, y nos gusta reflejarnos sobre ella. El eslogan “cruce de caminos” para caracterizar a España o a cualquiera de sus regiones lo hemos oído repetido una y otra vez. Es políticamente correcto, una “Alianza de Civilizaciones”. Y en alguna medida es cierta, pero sólo en escasa medida. Ni nuestra lengua ni nuestra religión ni nuestro derecho ni nuestras instituciones políticas son musulmanas o judías.

Esta pertenencia de España a Occidente se percibe claramente si comparamos las dos fronteras que geográfica e históricamente han constituido a Europa, a la gran familia cultura Occidental: la frontera oriental y la del sur. Pues bien, la frontera oriental ha sido (y sigue siendo) un continuo que se mueve gradualmente y sin ruptura alguna desde Roma y el cristianismo occidental al cristianismo oriental, bizantino (la Iglesia ortodoxa,

⁹ J. Vicens Vives (1960), *Aproximación a la historia de España*, Teide, Barcelona. La visión “excepcionalista” de la historia de España, rechazada por los nuevos historiadores, ha dado lugar a una amplia literatura pero el texto clásico es probablemente el de David Ringrose (1997), *España 1700-1900. El mito del fracaso*, Alianza Editorial, Madrid.

¹⁰ <http://www.zubiri.org/works/spanishworks/nhd/acontecerhumano.htm>.

misma religión pero otra escritura); desde ella a un islam occidentalizado, es decir, Turquía (otra religión pero misma escritura); y finalmente a otra civilización con otra religión y otro alfabeto y escritura: el islam. Al oriente de Europa no hay frontera alguna sino un gradiente, un mosaico o *patchwork*, que se extiende por los Balcanes y el Cáucaso, mezclando religiones, etnias, lenguas y escrituras, espacio secular de conflictos y guerras, que continúan en el siglo XXI. Sin embargo, la frontera sur del Mediterráneo se traza de manera abrupta, sin lugar a dudas, en Gibraltar y el mar. Detrás del cual hay, ahora sí, otra religión, otra lengua y otra cultura. Si España hubiera sido (o siguiera siendo) el espacio de las tres culturas sería algo parecido a lo que era la antigua Yugoslavia. Que no lo sea hoy es mérito (o demérito, pues de todo hay, pero en todo caso efecto) de los Reyes Católicos y del proceso de unificación étnica y cultural de la Península Ibérica que ellos impulsaron.

Desde entonces el espacio ibérico (y el español) son parte de la civilización romano-cristiana, que es el germen de Occidente. En resumen, es simplemente una tontería hablar de una “civilización española”. Fue necesaria una transición política muy exitosa y realizada contra toda expectativa, y una acelerada modernización económica, social y cultural, es decir, una clara y nítida europeización y “normalización” de España,¹¹ para entender algo obvio: que siempre fuimos Europa, por supuesto, y que lo sorprendente no es la respuesta, sino la pregunta misma y que, incluso nosotros mismos, la aceptáramos como una pregunta digna de interés.

Pensé que era necesario recordar esta idea antes de saltar de nuevo al otro lado del Atlántico. Porque, de una manera similar a como ocurrió en España, la idea de que América Latina es un caso anormal y desviado dentro de Occidente se ha avanzado en muchas ocasiones, con frecuencia por los propios latinoamericanos, bien para poner de relieve su identidad frente a la de España en el momento de la independencia de las Repúblicas, y hoy, de nuevo, para enfatizar su identidad contra el hermano mayor del Norte, contra el neoliberalismo, el Consenso de Washington o quien sabe qué.

Voy a sostener la visión opuesta: América Latina es y ha sido siempre una parte importante de Occidente. Y hoy lo es aún más.

(4) Un contraste intelectual: Samuel Huntington y Arnold Toynbee

A continuación daré dos ejemplos tomados de dos de los más grandes analistas de las civilizaciones.

Y el primer ejemplo es, por supuesto, de Samuel Huntington, el caso más claro de la idea que quiero discutir.

Como es bien sabido, en 1993 Huntington comenzó un gran debate entre los teóricos de las relaciones internacionales con la publicación en *Foreign Affairs* de un artículo

¹¹ Véase mi trabajo “La normalización de España. España, Europa y la modernidad”, en *Nacionalismos e imagen de España*, Sociedad Estatal España-Nuevo Milenio, Madrid, 2001, pp. 155-186. Parcialmente editado en *Claves de Razón Práctica*, nº 111, 2001, pp. 4-16.

(cont.)

extremadamente influyente, traducido y citado, titulado “El choque de civilizaciones”. Frente a la tesis de la convergencia civilizacional post-Guerra Fría, elaborado por Francis Fukuyama en su discutida obra *El fin de la Historia*,¹² Huntington argumentaba a favor de la divergencia y el conflicto, tesis que más tarde amplió en un libro de larga difusión, titulado *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*.¹³

En él exponía que, si bien durante la Guerra Fría, el conflicto más probable era entre el mundo occidental libre y el bloque comunista –un conflicto interno a la civilización occidental–, ahora era más probable entre las civilizaciones más importantes del mundo y que estábamos condenados a una guerra de civilizaciones. La tesis era sugerente y la posterior eclosión del fundamentalismo islámico le dio una gran credibilidad.

No voy a discutir si estamos o no ante una supuesta “guerra de civilizaciones”. No lo creo. He tratado de argumentar lo contrario en varios textos¹⁴ y el propio Huntington así lo demostraba (pues, al final, sólo había dos civilizaciones conflictivas: Occidente y el islam). Lo que me interesa ahora de ese libro es lo que en él se daba por supuesto: su relación o lista de civilizaciones. Pues, efectivamente, Huntington identificaba expresamente ocho civilizaciones, a saber: occidental, islámica, sínica, hindú, ortodoxa, budista, japonesa y, finalmente, latinoamericana, además de una posible novena, la africana. Para él, era pues evidente que América Latina no forma parte de la civilización occidental.

¿Qué es entonces Occidente para Huntington? Occidente estaría formado por Europa Occidental (en particular la UE) y América del Norte, pero incluiría también otros países derivados de esa Europa tales como Australia y Nueva Zelanda e incluso las islas del Pacífico, Timor Oriental, Surinam, la Guayana Francesa y (sorpresa) Filipinas norte y centro (¿Tal vez porque fueron una colonia de EEUU?). Nótese que Rusia queda fuera, al igual que (al parecer) los Balcanes y el Cáucaso.

¿Y qué unifica culturalmente, civilizacionalmente, esos países? ¿Cuáles son las características de la civilización occidental? Huntington menciona las siguientes: el legado de los clásicos, la pluralidad de lenguas, la separación entre autoridad espiritual y temporal, el Estado de Derecho, el pluralismo social, el individualismo, la representación política y, sobre todo, el cristianismo occidental, es decir, el catolicismo y el protestantismo.

Por el contrario, la civilización latinoamericana, aunque muy vinculada con Occidente, “incorpora elementos de viejas civilizaciones indígenas” y es un híbrido entre el mundo occidental y la población nativa, y tiene una cultura populista y autoritaria que Europa tuvo también, pero en un grado menor, y que América del Norte nunca tuvo. Los países latinoamericanos son así *torn countries*, países desgarrados, divididos, de modo que el hemisferio oscilaría entre dos extremos: México, Centroamérica y los países andinos, donde la población nativa es más fuerte, y Argentina y Chile donde es escasa.

¹² F. Fukuyama (1992), *El fin de la Historia y el último hombre*, Planeta.

¹³ Huntington (1997), *op. cit.*

¹⁴ Por ejemplo, en el ya citado sobre *La globalización cultural*.

Es evidente que si alguien dice que vamos hacia un choque de civilizaciones, y añade después que tú perteneces a otra civilización, tenemos un problema. Y sí, tenemos un problema, que Huntington posteriormente ampliaría.

Huntington afirmó en *Foreign Policy*, en un trabajo con el título “The Hispanic Challenge”, ampliado de nuevo en su libro póstumo *Who Are We?*,¹⁵ que “en esta nueva era, el reto singular y más importante a la identidad tradicional de América” (es decir, de EEUU) “viene de la inmensa y constante inmigración de América Latina, especialmente de México”. En estos textos sostiene que los hispanos o latinos de EEUU son “una gran amenaza potencial a la integridad cultural política de EEUU”, pues “la inmigración mexicana está llevando a una reconquista demográfica de zonas que los americanos tomaron a México por la fuerza en las décadas de 1830 y 1840”. Y cita, por ejemplo, que las opiniones de los propios latinoamericanos sobre lo que consideran actitudes típicamente hispánicas, como la “la falta de ambición” (la “cultura del mañana”) y la “aceptación de la pobreza como una virtud necesaria para entrar en el Cielo”. En cualquier caso, hay que precisar que el libro tuvo una muy negativa recepción, a pesar del prestigio de su autor.

En todo caso, el problema no es ya el choque de países por causas culturales, pues ahora el conflicto de civilizaciones se activa, pero dentro de un país: EEUU.

Se trata de un punto de vista bastante peculiar. No sólo porque es asombroso que una persona inteligente puede olvidar que el corporativismo y el populismo (es decir, el fascismo o el comunismo) fueron invenciones europeas, no de América Latina. Tampoco que el legado de los clásicos, la pluralidad de lenguas, la separación entre autoridad espiritual y temporal, el Estado de Derecho, el pluralismo social, el individualismo, la representación política y, sobre todo, el cristianismo occidental son rasgos que se ajustan perfectamente a América Latina. Tampoco, por último, que la hibridación o el mestizaje no es nada exclusivo de América Latina. Montesquieu en sus *Réflexions sur la monarchie universelle* (1731, cáp. XVIII) ya escribió que “l’Europe n’est plus q’une nation composée de plusieurs”, Europa como “nación de naciones”, una buena descripción de la actual UE. Y recientemente Giovanni Sartori, por ejemplo, dice que EEUU es una *nation made of nations*.¹⁶ ¿Acaso la presencia africana o la diversidad cultural y migratoria es menor en EEUU que en América Latina?

Por ello me interesa ahora traer a colación un ejemplo contrario: el gran historiador británico Arnold Toynbee, en gran medida el mentor de Huntington. Pues cuando elaboró la lista de las 21 civilizaciones en su monumental *Estudio de la Historia*, terminada en 1961, nunca identificó algo parecido a una civilización española o latinoamericana. Por el contrario, hablaba de España y Portugal como las “fronteras móviles” de la cristiandad, como una marca o frontera en expansión. Y la deuda que el mundo occidental tiene con la gente de la Península Ibérica nunca ha sido tan

¹⁵ Samuel P. Huntington (2004), *Who Are We. The Challenges to America’s National Identity*, Simon & Schuster, Nueva York.

¹⁶ Véase G. Sartori, *La sociedad multiétnica*, Taurus, Madrid, 2001, p. 51.

admirablemente expresada como por el gran historiador inglés. Trataré de traducir su magnífica prosa:

“Estos pioneros ibéricos, la vanguardia portuguesa alrededor de África hasta Goa, Malaca y Macao, y la vanguardia castellana a través del Atlántico a México y cruzando todo el Pacífico hasta Manila... realizaron un servicio sin parangón para la cristiandad occidental. Ampliaron el horizonte, y, potencialmente, por ende, el espacio de la sociedad que representaban, hasta que llegó a abarcar todas las tierras habitables y todos los mares navegables del mundo. Es debido, en primer lugar, a esta energía ibérica que la cristiandad occidental ha crecido, como el grano de mostaza en la parábola, hasta convertirse en ‘la Gran Sociedad’, un árbol en cuyas ramas a todas las naciones de la Tierra han venido y se han alojado.”¹⁷

Para Toynbee la “civilización occidental” abarca todas las naciones que han existido en Europa Occidental desde la caída del Imperio Romano. Sin embargo, España y Portugal fueron las semillas de la expansión de Occidente sobre el mundo. Y como tales, eran tierra de frontera, la frontera de la civilización occidental, que saltó desde la Península Ibérica a América. Por supuesto, ni una sola palabra se dice de una civilización específica de América Latina. Y Toynbee acuña una etiqueta, la de “pioneros ibéricos”, cargada de sentido y, por supuesto, contrapuesta a la de los otros *pioneers*, los del Mayflower, que habían llegado a la costa de EEUU en 1620. Etiqueta, por cierto, que ya había sido utilizada por un singular personaje, periodista y aventurero americano, Charles Fletcher Lummis, quien en 1893 –retengamos la fecha–, publicó un libro titulado *The Spanish Pioneers*, un gran canto a la labor colonizadora de España, la “nación pionera” (*the pioneer nation*) en América (ignoro si Toynbee leyó a Lummis aunque es poco probable pues el libro tuvo, y aun tiene, muy poco eco).¹⁸

Puede que me equivoque, pero creo que la opinión de Huntington es una visión de América (Norte y, en alguna medida, Sur) muy idiosincrática de EEUU, compartida por muchos ciudadanos de ese país, y vinculada a la tesis de la frontera que, como sabemos, es probablemente “el” mito constitutivo de la identidad norteamericana. Así que paso ahora a Turner y a otras fronteras.

¹⁷ Vale la pena reproducir el texto en el original inglés: “*These Iberian pioneers, the Portuguese vanguard, round Africa to Goa, Malacca and Macao, and the Castilian vanguard across the Atlantic to Mexico and on across the Pacific to Manila... performed an unparalleled service for Western Christendom. They expanded the horizon; and thereby potentially the domain, of the society they represented until it came to embrace all the habitable lands and navigable seas of the globe. It is owing in the first instance to this Iberian energy that Western Christendom has grown, like the grain of mustard seed in the parable, until it has become ‘the Great Society’: a tree in whose branches all the nations of the Earth have come and lodged*”. Véase Arnold Toynbee (1947), *A Study of History*, Nueva York, pp. 124-125.

¹⁸ Hay una lamentable traducción española que, sorprendentemente, elimina quizá lo más importante del libro –la idea de una nación pionera– para titularlo *Exploradores españoles en América*, traduciendo la expresión *pioneer nation* por la de *nación exploradora* y otros desmanes. El horror fue perpetrado por la Editorial Laocoonte en Navarra en 2009.

(5) La visión norteamericana: Turner y la frontera

Porque tenemos más fronteras o marcas. Una, la identificada por Toynbee, el trabajo de los “pioneros ibéricos”, que se mueve desde el sur de la Península Ibérica a América, traspasándoles de Este a Oeste. La otra, por supuesto, es la frontera de Turner, el trabajo de otros pioneros en movimiento desde Gran Bretaña e Irlanda a América del Norte.

Como es sabido, Frederick Jackson Turner (1861-1932), profesor de Historia en la Universidad de Wisconsin, anunció por primera vez su tesis en un artículo titulado “*The Significance of the Frontier in American History*”, paradójicamente entregado a la Asociación Histórica Americana en 1893 en la *World’s Columbian Exposition* de Chicago. Y digo paradójicamente porque la tesis iba a ser el más completo rechazo del papel de Colón y de España y se edita el mismo año en que Lummis hace el mayor canto a la tarea de España en América del Norte. Como resalta Alfredo Jiménez en su trabajo “La Historia como fabricación del pasado: la frontera del Oeste o American West”:

“El joven Turner vino a decir que las circunstancias peculiares de la frontera americana, tales como la abundancia de tierra libre o desocupada (*free land, empty land*), las oportunidades que se abrían a los colonos, y el peligro común que representaban los indios dieron forma al carácter y a las instituciones americanas. La experiencia de la frontera –decía Turner–... tuvo un efecto de consolidación y nacionalización de la joven América. La frontera, en suma, extendió la civilización y promovió la democracia.”¹⁹

Lo que me interesa es la idea de Turner de la frontera. Pues allí escribié:

“La frontera estadounidense se diferencia claramente de la frontera europea – una línea de frontera fortificada que atraviesa densas poblaciones. Lo más significativo de la frontera americana es, que se encuentra a la orilla de acá de la tierra libre (*At the hither edge of free land*).”

Y antes había propuesto su idea principal: la frontera es “*the outer edge of the wave – the meeting point between savagery and Civilization*”, el “borde exterior de la ola”, “el punto de encuentro entre el salvajismo y la civilización”. Así pues: a la orilla de acá de la tierra libre y en el punto de encuentro entre el salvajismo y la civilización ¿Es eso cierto? Por supuesto que no.

Por supuesto, España ni se menciona en el ensayo de Turner. Pero esto es peculiar porque una gran parte de la tierra de EEUU (algunos dicen incluso que tres cuartas partes) ya había sido explorada por España, incluida Alaska. Y en el suroeste, en California y, por supuesto, en Texas y todo el sudeste y la Florida, muchas ciudades se habían construido. Lo que estaba al otro lado de la frontera era, a veces, tierra libre, pero a veces, a menudo, las tierras de otros países. España primero, México después.

¹⁹ Alfredo Jiménez (2001), “La Historia como fabricación del pasado: la frontera del Oeste o American West”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 58, nº 2 (S), pp. 737-755. La cita es de la p. 738.

La tesis de la frontera olvidaba (podemos decir, incluso, ocultaba), el papel de España en América del Norte, y la sustituyó por el avance estadounidense sobre tierra mostrenca, entendido a su vez como el avance de la civilización sobre la barbarie. Curiosamente, la misma tesis de Kipling en *The White Man's Burden* publicada seis años después, en 1899 que llevaba el subtítulo –rara vez mencionado– “Los Estados Unidos y las islas Filipinas”, y que era, de hecho, una reacción a la guerra hispano-norteamericana de 1898. Justamente el punto de partida de la expansión imperial norteamericana en el Atlántico (Cuba y Puerto Rico) y en el Pacífico (Filipinas) y de su transformación en una “República Imperial” (la expresión es de Raymond Aron).

Por supuesto, sabemos que esto fue parcialmente cierto. Las grandes masas de tierra americana no habían sido completamente colonizadas. Pero la idea de que el otro lado de la frontera, es decir, de hecho, América Latina, no era, y no podía ser, parte de nosotros, parte de Occidente, sino tierra salvaje, fue aceptada. Como escribe Alfredo Jiménez: “En conclusión, los historiadores norteamericanos han escrito la historia de la frontera como si al otro lado no hubiera nadie”.²⁰

Por supuesto, la historiografía posterior ha revisado profundamente las tesis míticas de Turner.²¹ Primero fue Herbert Eugene Bolton (1870-1953) en *The Spanish Borderlands: A Chronicle of Old Florida and the Southwest*.²² Más recientemente, David J. Weber en *The Spanish Frontier in North America*.²³

Pero este mito, como todos los mitos y creencias, tuvo consecuencias. Venía a abonar y dotar de esteticismo romántico la vieja idea del “destino manifiesto” acuñada por John L. O’Sullivan, en 1845: era el destino manifiesto de EEUU expandirse por el continente que la Providencia le había asignado, reforzando así la Doctrina Monroe de 1823: “América para los americanos” (idea que regresa con el presidente Trump). Y sobre este cañamazo, el futuro presidente Theodore Roosevelt creyó que el fin de la frontera interna representaba el inicio de una nueva etapa en la vida norteamericana y que EEUU debería expandirse en el extranjero. Por esta razón, muchos ven en la tesis de Turner el impulso de EEUU hacia el imperialismo e incluso la legitimación intelectual de la guerra de Cuba y Filipinas. Roosevelt era, al parecer, un creyente en la tesis de Turner. Y no fueron pocos los norteamericanos que vieron en esa guerra –una de las pocas que pueden mencionarse entre democracias–, no la conquista de España por EEUU sino, al contrario, el triunfo en ese país de la mentalidad imperial y colonialista de la vieja España, “la conquista de los Estados Unidos por España”, como escribió el gran sociólogo de Yale William Graham Sumner.²⁴

²⁰ *Op. cit.*, p. 17.

²¹ Véase Alfredo Jiménez (1996), “El Lejano Norte español: cómo escapar del *American West* y de las *Spanish Borderlands*”, *Colonial Latin American Historical Review*, vol. 5, Albuquerque NM, pp. 381-412.

²² Herbert E. Bolton (1921, 1996), *The Spanish Borderlands: A Chronicle of Old Florida and the Southwest*, *Foreword by Albert L. Hurtado*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

²³ David J. Weber (1992), *The Spanish Frontier in North America*, Yale University Press. Hay edición en español del Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

²⁴ Aludo al interesante trabajo que editó en enero de 1899 en el *Yale Law Journal* el gran sociólogo norteamericano William Graham Sumner, titulado “The Conquest of the US by Spain”.

(6) ¿Qué es América Latina?

No es pues de sorprender que, siglo y medio después de Turner, EEUU, con Huntington y Trump, regresen a la tesis de la frontera sobre el salvajismo exterior, una vez más epitomizado en el muro que debe separarlo de los *bad hombres* del sur latino. Y ahora podemos volver a nuestra pregunta principal. ¿Se puede hablar de América Latina como parte de Occidente?

“América Latina” es, como sabemos, una etiqueta creada por Napoleón III en 1860 como un proyecto político francés antiamericano sobre México. Francia debería participar con una política exterior pan-latina como un equilibrio en contra de los países anglosajones. Pero algunos de los argumentos avanzados por aquel entonces por Michel Chevalier, el portavoz de las ambiciones de Napoleón, tienen sentido. Y ello porque apuntan directamente a lo que España y Portugal hicieron en este hemisferio: romanizarlo y llevarlo dentro de Occidente. Lo diré con sencillez. España y Portugal hicieron en América Latina exactamente lo mismo que Roma había hecho con nosotros 1.500 años antes: romanizarnos, latinizarnos.

Cuando España llegó a América, extensísimos territorios (casi toda la América del Norte y toda la cuenca del Amazonas) estaban poblados por una miríada de grupos aislados de cazadores-recolectores que conocían a sus vecinos y poco más. Los españoles chocaron con dos civilizaciones importantes, aunque ya en claro declinar, como lo prueba la facilidad de la misma conquista. América, propiamente, no existía y se ignoraba a sí misma, como la propia España se ignoraba antes de ser unificada y etiquetada por Roma. La diversidad lingüística que todavía sobrevive en América Latina, más de 1.000 lenguas vivas, de la que hablaré inmediatamente, da una idea aproximada de lo que debía ser la América precolombina antes de la colonización.

Y se da la circunstancia de que los mismos elementos culturales que unificaron a España y Portugal fueron utilizados más adelante para unificar América Latina: dos lenguas romances, latinas, el castellano y el portugués; una religión romana, el cristianismo; el derecho romano; la arquitectura mediterránea; las ciudades (siguiendo el modelo del *castrum* romano); la red de caminos (siguiendo el modelo de las calzadas romanas); e incluso la agricultura. Exactamente los mismos elementos.

Por lo tanto, ¿es América Latina “latina”, “hispanica” o “ibérica”? Es decir, ¿debemos llamarla Iberoamérica, Hispanoamérica o América Latina? Todo al tiempo. Es latina justamente porque ese fue el papel de España y Portugal: incorporar América Central y del Sur (y un buen trecho de América del Norte) para la cultura grecorromana. Pero en buena medida fuimos portadores más que creadores, transmisores, no inventores. Las etiquetas “latino” o “hispano”, frecuentemente discutidas en EEUU, apuntan ambas en la misma y correcta dirección, y casi me atrevo a decir que la confusión es un claro acierto: lo hispano (o lo luso) no es sustancialmente distinto de lo latino. Pues lo que impusimos no fue nuestra cultura sino la que nos habían dado. Hicimos allí exactamente lo mismo que nos habían hecho a nosotros 1.500 años antes: romanizar poblaciones diversas dándoles unidad e incorporándolas a la historia del mundo.

Por supuesto, el proceso civilizador no estuvo exento de dolor y con frecuencia fue terrible para las poblaciones nativas y se impuso (también) a sangre y fuego. Como ocurrió en la Península Ibérica con la romanización, por cierto. Y por supuesto, hay y hubo mezcla, mestizaje e hibridación, como ocurrió aquí, dando lugar a lo hispanorromano. Muchos expertos consideran que la característica de la colonización española (y, aún más quizá, de la portuguesa) fue el mestizaje. Sin embargo, y aunque de otro modo, EEUU y Canadá también son producto del mestizaje, como lo es España y casi todas las naciones del mundo con muy escasas excepciones. Por ello, y como ha escrito Mario Vargas Llosa,

“plantear el problema latinoamericano en términos raciales... equivale a querer reemplazar los estúpidos e interesados prejuicios de ciertos latinoamericanos que se creen blancos contra los indios, por otros, igualmente absurdos, de los indios contra los blancos.”²⁵

(7) América Latina unida, pero separada

Pero es la común pertenencia a la “familia cultural de occidente” lo que le otorga a Latinoamérica una unidad que no existía antes. Es más, le otorga un nivel y grado de unidad muy superior a la que se puede encontrar en otros continentes como Asia, África e incluso la misma Europa.

Efectivamente, América Latina no es una unidad política, ni siquiera económica, y los reiterados intentos de fusión han tenido escaso éxito. Pero sí es una unidad cultural indiscutible. Una idea que aparece ya en el mismo inicio de los proyectos unificadores de América Latina, la *Carta de Jamaica* de Bolívar (1815):

“Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse.”²⁶

Sabemos que está dividida por fuertes nacionalismos resultado de guerras, ya pasadas, pero no olvidadas. Nacionalismos que son actualizados para avivar el populismo y canalizar hacia afuera el factor indígena en xenofobias de derecha o de izquierda. Ello ha dado lugar a una alta desconfianza recíproca entre los países que dificulta y, hasta el momento, ha impedido la fusión. Sólo Brasil podría ejercer un liderazgo regional por su tamaño, pero la desconfianza es grande. Comparando con Europa, ni Brasil es Alemania, ni Argentina es Francia ni México es Inglaterra.

Tampoco la unión económica es relevante. A pesar de los distintos acuerdos de integración, los flujos comerciales interregionales en el conjunto de Sudamérica son los más bajos del mundo y se sitúan en el 22%, mientras en la UE superan el 60% y en el Sudeste asiático llegan al 50%.

²⁵ Véase “Asoma en la región un nuevo racismo: indios contra blancos”, *La Nación*, 20/1/2006.

²⁶ Barcelona, 2017, p. 26.

América Latina no es una unidad ni política ni económica. Sin embargo, sí lo es, y en grado sumo, una unidad cultural.

Señalaba antes que una civilización propia se identifica sobre todo por dos marcadores: religión y lengua. Un tercero es más difícil de articular: la etnicidad, aunque hoy es posible cuantificarlo también y disponemos de índices agregados de fraccionamiento social, que miden la probabilidad de que dos personas escogidas al azar en un país pertenezcan a grupos étnicos, lingüísticos o religiosos distintos.

Pues bien, para que haya una civilización latinoamericana necesitaríamos encontrar que esas variables unifican el espacio latinoamericano y, al tiempo, la diferencian de otros espacios. ¿Ocurre tal cosa?

No hay duda sobre el posible fraccionamiento religioso. La unidad religiosa de América Latina, producto de la colonización, es marcada, así como su falta de diferenciación con el resto de Occidente. El cristianismo es la religión dominante, al igual que lo es en Europa y EEUU.

Otro tanto ocurre con las lenguas. De hecho, es el continente más normalizado después de Europa: las 1.000 lenguas que sobreviven son habladas por sólo 47 millones de personas con un promedio de hablantes por lengua muy bajo, de sólo 47.464 personas por lengua, lo que hace temer seriamente por su desaparición (algo que debería evitarse, por cierto). Para comparar, la media de hablantes por lengua en Asia es de 1,5 millones y en África de más de 300.000. Sólo la región del Pacífico, con similar número de lenguas (unas 1.000) tiene un menor número de hablantes por lengua, unos 4.000 (10 veces menos).

Alberto Alesina, de la Universidad de Harvard, y sus colaboradores han estudiado los índices de fraccionamiento etnolingüístico de diversas regiones del mundo, entre ellas América Latina. El índice mide la probabilidad de que dos personas de un mismo país, extraídas al azar, pertenezcan a grupos lingüísticos o étnicos distintos. Pues bien, para la diversidad lingüística esa probabilidad es del 18% en América Latina, la más baja del mundo (la más alta, del África subsahariana, es del 60%, y la de Europa Occidental del 20%).²⁷ Lo que confirma la evidencia de unidad lingüística.

No ocurre lo mismo con el fraccionamiento étnico, que es bastante marcado, del 40% según Alesina. Pero es poco relevante en términos demográficos. Efectivamente, el Banco Mundial estima que hay no menos de 400 grupos étnicos que, sin embargo, representan poco más del 10% de la población de la región, entre 40 y 50 millones de personas, el 90% de ellos concentrados en sólo cinco países, y sólo en cuatro países representan más del 20% (Bolivia, Guatemala, Perú y Ecuador). Mucho más importante es la población negra y mestiza (que es lo que sube el índice de Alesina), que alcanza unos 150 millones de personas, un 30% de la población total (Brasil 50%, Colombia 20% y Venezuela 10%). Pero este grupo perdió por completo sus referencias culturales en el

27 Alberto Alesina, Arnaud Devleeschauwer, William Easterly, Sergio Kurlat y Romain Wacziarg (2003), "Fractionalization", *Journal of Economic Growth*, vol. 8, nº 2, pp. 155-194.

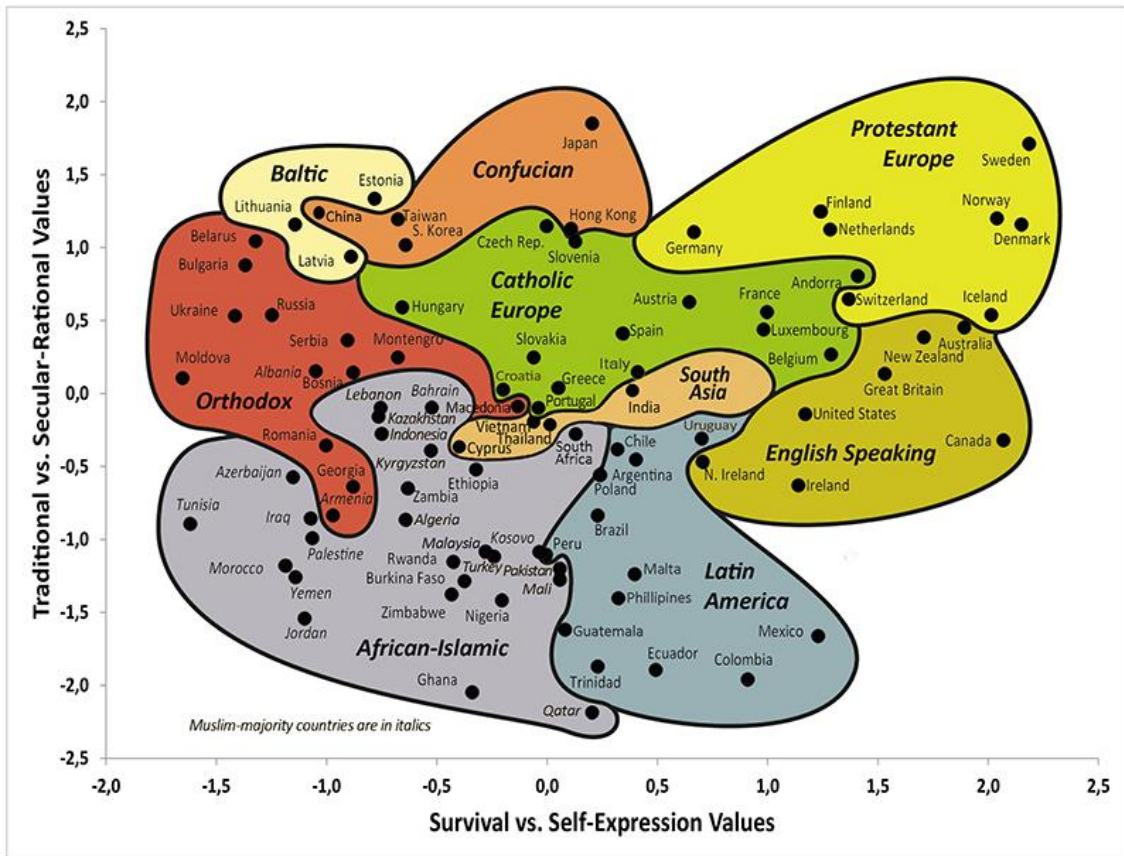
largo y terrible calvario de la esclavitud. Y, en todo caso, el mestizaje ha sido la peculiaridad de la colonización ibérica, a diferencia de la anglosajona, de modo que cada vez resulta más difícil encontrar grupos étnicos puros.

Finalmente, no puedo dejar de señalar la sorprendente unidad de América Latina en una dimensión más difícil de capturar empíricamente, pero para la que, por fortuna, disponemos de excelentes instrumentos de medida. Me refiero al tema de los valores, las preferencias y las actitudes, medidas por las *World Value Surveys* (WVS) o Encuesta Mundial de Valores (EMV)

La EMV es un proyecto global de investigación social que explora los valores y opiniones de la gente, cómo estos cambian con el tiempo y su impacto social y político. Desde 1981 una red mundial de científicos sociales y politólogos ha realizado seis oleadas de encuestas nacionales representativas en casi 100 países que abarcan a la mayoría de la población mundial (casi el 90%), con más de 400.000 entrevistas en el banco de datos.

La EMV mide cuestiones como el apoyo a la **democracia**, la tolerancia hacia extranjeros y minorías étnicas, el apoyo a la igualdad de género, el papel de la **religión** y los cambios en los niveles de **religiosidad**, el impacto de la **globalización**, y las actitudes hacia el medio ambiente, el trabajo, la familia, la política, la identidad nacional, la cultura, la diversidad, la inseguridad y el bienestar del individuo.

Gráfico 1. La Encuesta Mundial de Valores



Fuente: World Values Survey 2018.

Para manejar la ingente masa de datos de que se dispone hoy se han identificado dos ejes de articulación de esos valores. El primer eje vertical contrapone los valores tradicionales (que enfatizan la autoridad, la religiosidad, el patriotismo, la obediencia y la familia) con los valores secular-rationales (en sentido contrario); en cierto modo, se trata de un eje que contrapone sociedades agrarias tradicionales a sociedades industriales racionales. El segundo eje horizontal contrapone valores correspondientes a sociedad de escasez (valores materialistas, que priman el ahorro, la austeridad y la disciplina) a sociedades de la abundancia (post-materialistas), donde prima la libertad, la auto-expresión, el inconformismo y la auto-dirección. La distribución de los países del mundo según esos ejes puede visualizarse en el Gráfico 1, elaborado por los profesores Ronald Inglehart de la Universidad de Michigan y Christian Welzel de la Leuphana Universidad en Lüneburg, y principales animadores de las EMV, con los datos de la oleada del año 2008.

Como se ve en el Gráfico, las diversas regiones culturales del mundo se agrupan en conjuntos claramente identificables que se corresponden (como no podía ser menos) con las grandes familias culturales, una de las cuales es América Latina. Así pues, su identidad cultural es evidente. Pero como lo es también la de la Europa católica, la Europa protestante o el mundo anglosajón, áreas que se agrupan igualmente en conjuntos diferenciados, sin que por ello pensemos que son “civilizaciones” propias.

Además, encontramos que América Latina puntúa bastante alto en valores post-materialistas y ello a pesar de su relativa pobreza, lo que la sitúa en los niveles de los países de la Europa católica, e incluso próximo a algunos países de la Europa protestante, el máximo de post-materialismo en el mundo.

Pero, sorprendentemente, América Latina puntúa muy bajo en el eje de valores tradicionales/secular-rationales, es decir, es una región marcadamente tradicional, ahora parcialmente al nivel de los países africanos. Pero hete aquí que es una característica que comparte con algunos (pocos) países europeos (como Polonia) y, ¡oh sorpresa!, divide a la región en dos grupos, de modo que algunos países latinos, singularmente del cono sur (Argentina, Chile, Uruguay e incluso Brasil) se mueven al nivel de no pocos países angloparlantes como Irlanda, Canadá ¡e incluso EEUU! Unos y otros son una clara excepción en la dinámica mundial que muestra, oleada tras oleada de encuestas, una tendencia a menor tradicionalismo.²⁸

Podemos, pues, decir que, como “familia cultural”, América Latina se sitúa al nivel de la Europa católica en valores post-materialistas, pero al menos parte de ella (el Cono Sur) se sitúa al nivel de los países angloparlantes en el mantenimiento de una estable mentalidad tradicional.

De modo que hay, sí, una fuerte fragmentación étnica (nativa e importada), en buena medida absorbida por una fuertísima unidad religiosa, lingüística y cultural. América

²⁸ Véase Ronald Inglehart y Christian Welzel (2005), *Modernization, Cultural Change, and Democracy: The Human Development Sequence*, Cambridge University Press.

Latina es precisamente eso: América latinizada. Una vez más, los romanos no son nuestros clásicos y unos y otros somos romanos del siglo XXI.

(8) ¿Y hoy? De cómo América Latina debe asumir su responsabilidad histórica en el marco de la civilización occidental

Pero, antes de terminar, debo agregar algunos comentarios finales. Un comentario acerca de EEUU y América Latina, el otro sobre todos nosotros. Porque, *se non e vero, e ben trovato*.

Tal vez Turner tenía razón en su tiempo. Tal vez nos enfrentamos a un choque de civilizaciones, como decía Huntington. En cualquier caso, la frontera actual entre los hispanos y la América anglosajona no se ha movido hacia el Oeste sino hacia el Norte del Río Grande. Algunos dicen que EEUU se está convirtiendo en una América latinizada. Algunos, como el presidente Trump, parecen temerlo. En más de un sentido, el cambio es cierto y cualquiera puede percibirlo en el escenario social de muchas ciudades estadounidenses, desde Nueva York a Los Ángeles y Miami. Pero al mismo tiempo es cierto también que América Latina se está norteamericanizando y que la frontera de EEUU se mueve hacia el Sur. América Latina se orienta cada vez más hacia el gran vecino del Norte, cada vez más al Pacífico (a China, eso es la Alianza del Pacífico) y cada vez menos a Europa. Otro tanto hace EEUU con su *pivot to Asia* iniciado por Hillary Clinton y Barack Obama. Y puesto que América toda, Norte o Sur, se vuelca hacia el Pacífico, la tendencia a olvidar Europa se verá reforzada en todo el continente.

La dinámica se repite también en esta parte del Atlántico, pues la UE, tras la última ampliación, está cada vez más orientada al Este y menos interesada en el Oeste y en América Latina, con las excepciones de España y quizá Portugal. El eje atlántico, que ha constituido la columna vertebral de Occidente y del mundo durante al menos tres siglos, pierde vigor, y Trump y el *Brexit* son al tiempo efecto y causa de esta tendencia.

Pero el castellano es ahora la primera lengua extranjera en las escuelas y universidades de EEUU. Y aunque EEUU es todavía lo que siempre ha sido, un cementerio de las lenguas, tal vez (aunque sólo tal vez) el idioma español podría ser una excepción. Hay tantos latinos en EEUU como españoles en España. De hecho, EEUU es ya un país de América Latina y es el tercer o cuarto país hispano en el mundo después de México, Colombia y España (puede que ya por delante de España). Y su capacidad de compra, su poder económico, es hoy similar al de España, si no superior.

Así pues, si nos fijamos en lo que está ocurriendo desde lo que Max Weber llamaba una perspectiva histórico-universal, desde una perspectiva global en el tiempo y el espacio, lo que tenemos en América no es tanto una multiculturalidad más acentuada, que también, pues hay un *melting-pot* hispano emergiendo tanto en EEUU como en España. Pero sobre él se alza la mezcla de las dos grandes culturas americanas: la hispana y la anglo. Dos ramas de la civilización occidental que surgen de los dos primeros imperios marítimos del mundo, que exportan sus lenguas por medio mundo, ramas que lucharon en Europa, fueron separadas por la frontera de Turner en América, y ahora se están fusionando, saltando sobre sus fronteras históricas. Porque hay algo nuevo, anglo-español, emergiendo en América, Norte y Sur.

Mi última observación se refiere a “los demás”, los americanos (Norte o Sur), los europeos, los españoles. El mundo está cambiando muy rápido. La civilización occidental alcanzó su orto antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando más del 80% de la tierra y otro tanto de personas se encontraban bajo la soberanía de países occidentales. Pero Europa se desangró en dos guerras civiles, dos guerras mundiales, y la descolonización primero y la globalización y el crecimiento económico más adelante, ponen fin a ese período, la Era de Europa, la era de la expansión de Occidente que se inició en el siglo XV con los pioneros ibéricos. Durante siglos, tres o cuatro al menos, la historia del mundo se ha escrito en Europa; eso ya ha acabado. En poco tiempo, no más de 30 años, la vieja Europa será aproximadamente el 6% de la población mundial; algo similar a EEUU, y América Latina será otro 6% o 7%. El viejo Occidente será, pues, poco más del 20% de la población mundial. Mientras tanto, África será otro 20% y Asia un 60%. China ya es la segunda potencia económica en PPA. Muchos otros grandes países están surgiendo. Algunos son democráticos (como la India y Brasil). Otros no lo son. Algunos son potencias nucleares, otros quieren serlo. La globalización está emergiendo con una agenda de problemas mundiales (desde el terrorismo y las armas de destrucción masiva al cambio climático, la delincuencia, la emigración y muchos otros) que no sabemos cómo manejar. El sistema de las Naciones Unidas está obsoleto, a pesar de que es todo lo que tenemos. El mundo se parece cada vez más a la Europa de finales del siglo XIX, la Europa westfaliana (Kissinger): una colección de grandes países soberanos en equilibrio inestable de poderes, luchando entre sí para encontrar su propio espacio vital y el control de los recursos.

Es por eso que necesitamos un *caucus* de los países democráticos sólidos que comparten historia, lenguas, religiones, valores y creencias: una alianza de las democracias. El núcleo de esta alianza es, sin duda, la alianza transatlántica entre EEUU y Europa, una alianza hoy debilitada e incluso declarada “obsoleta” por el nuevo presidente del país que la lideró.²⁹ Pero, para nuestros propósitos, América Latina es también el otro vector de las relaciones transatlánticas, pues el Atlántico Sur existe.

Pero América Latina parece hoy ensimismada en sus problemas y no acaba de asumir responsabilidades globales. Tiene una potente presencia en el G20 (Brasil, Argentina y México, además de España) pendiente de activarse. Latinoamérica debe reclamarse como lo que es, una parte esencial de la civilización occidental. Esto es bueno para España y Portugal, por supuesto; si somos algo en Europa y el mundo es por esa conexión, y somos tanto más relevantes para América cuanto más europeos somos, pero también viceversa. Pero es, sobre todo, esencial para la misma América Latina. La división entre las dos Américas debería desaparecer. El Occidente camina sobre tres patas (la vieja Europa y las dos Américas), no dos, y estoy seguro de que Turner diría hoy que estamos en el mismo lado de la frontera.

²⁹ Antes de que declarara obsoleta esa misma declaración.